

Andrés Bello

Por Horacio Bejarano Díaz

Don Andrés Bello es la figura de transición entre el neoclasicismo que expira en América y el romanticismo que se levanta pujante en su ambiente más propicio, dadas las circunstancias históricas que se vivían en el momento y el cúmulo de material americano que consonaba con la temática de los primeros románticos.

Nació en Caracas el 29 de noviembre de 1771 y murió en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865.

Desde su niñez se formó en los estudios clásicos y en su ciudad natal se dedicó a la enseñanza, habiendo tenido como alumno a Bolívar; la presencia de Humboldt, a quien acompañó en varias de sus excursiones, despertó en él la inquietud por las ciencias experimentales, y la asistencia a la tertulia de los hermanos Ustáriz fomentó en su alma el amor a la poesía, ya que allí tuvo ocasión de leer sus primeras producciones y de informarse del movimiento cultural europeo. La revolución de 1810 lo sorprende en la Secretaría de la Junta Central de Vacuna y así termina la primera etapa de su vida.

Se inicia la segunda con su viaje a Londres, a donde marcha en 1810 en compañía de Bolívar y López Méndez a buscar apoyo para la insurrección; pero los reveses de las primeras campañas van prolongando indefinidamente su estadía en Inglaterra con las mayores estrecheces; pero Bello aprovecha de su tiempo para completar su formación cultural en la enseñanza privada, la investigación en las bibliotecas y el trato con escritores y pensadores como James Mill, Holand, José María Blanco y Bartolomé Gallardo. También en asocio de publicistas españoles y americanos da a la luz dos revistas: **La Biblioteca Americana** y el **Repertorio** en que aparecen algunas de sus poesías y estudios lingüísticos. En Londres permanece hasta 1829, año en que es llamado por el gobierno de Chile para ocupar el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Desde entonces hasta su muerte permanece en la que fue para Bello patria adoptiva, ejerciendo su fructífero magisterio que se extiende no sólo a Chile sino a todo el mundo hispanoamericano.

En el siglo pasado Bello ejerció un magisterio indiscutible en América, tanto por la enseñanza directa desde sus cátedras de humani-

dades, filosofía y derecho, como por sus escritos en que aparece como psicólogo, pedagogo, jurisconsulto, crítico literario y gramático, cuyos méritos, con ser tan altos, no eclipsaron su fama de poeta, vinculada a sus cantos descriptivos de la naturaleza que son verdaderas geórgicas americanas y a sus insuperables traducciones de Delille, Bayardo y Víctor Hugo.

Bello, como buen maestro, escribía como hablaba. De manera que su prosa no es ni brillante ni adornada, pero sí clara, ordenada y repleta de doctrina. Dotado de gran equilibrio en sus facultades, la especulación no lo separó de la realidad y supo adaptar su enorme cultura a las necesidades de Chile y de América; por eso consideró que para nacionalidades en formación, más útiles que la filosofía pura, eran sus aplicaciones y prefirió el derecho positivo al natural y la gramática a la filosofía en sus enseñanzas.

Estimó, además, que era menester conservar los valores tradicionales de raza, religión, lengua y cultura como principios inmanentes que dieran trabazón, continuidad y unidad al progreso e ilustración a que estaban abocadas en su tiempo las naciones de América.

Como filósofo, no fue un metafísico, por la influencia de las escuelas inglesas que tuvo en grande estima, pero nunca renegó de sus ideas espiritualistas, apartándose de Stuart Mill, Hamilton y Bentham; en cambio sí fue un gran psicólogo por la aguda observación de que estaba dotado y que puede apreciarse en su **Filosofía del Entendimiento** que, según Menéndez y Pelayo, es la obra filosófica más importante entre las americanas del siglo pasado.

El **Código Civil Chileno** lo ha inmortalizado como jurista, ya que se trata del mayor esfuerzo de codificación realizado en América; los **Principios de Derecho Internacional** fueron por mucho tiempo texto obligado en todas las escuelas de Derecho de Sur América.

Como cultivador de la ciencia del lenguaje, sus tratados filológicos revelan conocimientos no comunes en su tiempo a más de ser tratados insuperables. **La Gramática de la Lengua Castellana** es la obra que ha tenido mayor número de ediciones entre todas las de su género, por la que ha estudiado mayor número de alumnos y la que ha tenido comentaristas y apologistas más ilustres. **Los Principios de Ortografía y Métrica** son definitivos en la doctrina general y universalmente admitidos. **La Análisis de los Tiempos de la Conjugación Castellana** es una alta disquisición, una profunda disección gramatical y la más segura guía del escritor y el hablante.

Según Menéndez y Pelayo, como arqueólogo y literario es superior a la crítica universal de su tiempo, pues puso fundamentos científicos y refutó los errores sostenidos por críticos europeos sobre los orígenes literarios de la Edad Media. Su reconstrucción del **Poema del Cid**, para el autor antes citado "es la más cabal que tenemos a pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España".

Los Ensayos Críticos y Literarios nos revelan su gran penetración no sólo en la crítica gramatical y preceptiva, sino su conocimiento sobre las teorías literarias y el gusto estético, siempre con gran comprensión sobre el sentido y el aporte renovador del romanticismo.

Don Andrés Bello es un poeta de transición y en su obra se revelan múltiples influencias que es preciso tener en cuenta para comprender cabalmente al autor de **Al Anauco**, **Alocución a la Poesía**, **La Agricultura en la Zona Tórrida** y de las versiones de **La Luz** y **La Oración por Todos**.

A fines del siglo XVIII predominaban en España las antiguas maneras del siglo XVII y el preromanticismo. Cadalso, Menéndez y más tarde Jovellanos eran los corifeos de la tradicional escuela salmantina y ya en su poesía apuntaban la melancolía bucólica y el amor por lo lúgubre. Por los mismos años regían en Francia Voltaire y Rousseau y los enciclopedistas, además de Chenier que representaba al neoclasicismo y del abate Delille muy de moda por encarnar la tendencia científica del momento.

Unos y otros escritores influyeron profundamente en la personalidad literaria de Bello, pues sus primeros versos aparecen en 1800, fin del neoclasicismo y punto de partida de la escuela romántica.

Pero es bajo la disciplina clásica donde se inicia la vida intelectual de Bello, quien desde su niñez ha aprendido el latín y ya joven se apropia de todos los secretos de su poesía, lo mismo que de las obras de Calderón y de Cervantes. Por eso veremos en su poesía el hondo sentido lírico de Horacio, la capacidad descriptiva de Virgilio, el brillo de las metáforas de Calderón y la llaneza e intimidad del estilo de Cervantes, y sobre este fondo clásico aparecerán el ingenio y la erudición del siglo XVII y el naturalismo y sentimentalismo del XIX, porque el estudio del francés abrió nuevos horizontes al poeta, ya que en dicha lengua su genio filológico halló alimento para sus meditaciones y en su literatura la fuente más clara que bañó su espíritu en naturalismo sensual, propicio para la expresión literaria de América y opuesta al ascetismo español de que en su juventud se halló rodeado.

En la tertulia de los hermanos Ustáriz, centro juvenil de oposición al régimen universitario de entonces y de propagación de las ideas francesas, consolidó Bello las suyas sobre las nuevas formas del pensamiento y conoció más a fondo la literatura francesa importada de modo clandestino.

El trato con Humboldt fue para Bello de la mayor trascendencia y sus conocimientos sobre las ciencias experimentales, al mismo tiempo que la admiración, despertó en el espíritu investigador del futuro maestro de América la curiosidad por conocerlas, y el amor por la naturaleza americana, que fue en realidad lo que vino a hacer el sabio alemán no sólo en el sentido científico sino en el literario, ya que dentro de la temática romántica, al lado de la Edad Media y de Oriente, América tiene para los escritores del romanticismo un atractivo especial, por su paisaje y por lo primitivo de sus costumbres; por ello se dice que el romanticismo nació en América y nos lo devolvieron estilizado Chateaubriand y Saint Pierre.

El Anauco es un poema escrito en 1800 y en él están ya todos los elementos poéticos que Bello había de conservar toda su vida: penetración de la naturaleza, amor al árbol, fina sensibilidad, gracia retórica, sentimiento trágico de la vida, angustia por el porvenir. En es-

te poema se mezclan inteligentemente mitología y nombres de contenido poético con los de ríos, árboles y campos venezolanos.

El Anauco es el punto de partida para estudiar la poesía de Bello. El uso del romance acredita su apego a las formas clásicas españolas, pero ya el sentimiento preludia las maneras románticas y la utilización de lo bucólico, por lo pintoresco y bello de las escenas campesinas, y de lo didáctico, por lo interesante que tiene el estudio de la naturaleza, vienen a ser elementos que más tarde se utilizarán en grande escala en los poemas que lo hicieron inmortal.

Don Fernando Paz Castillo, uno de los mejores críticos de la obra poética de Bello, la divide en poesías de circunstancias, de intuición y de mensaje.

Dentro del itinerario que Bello siguió para llegar a sus grandes poemas, a las influencias anotadas hay que sumar la de Delille, quien con **Los Tres Reinos de la Naturaleza**, introdujo una innovación en la poesía francesa, tomando de lo épico y lo didáctico solamente lo descriptivo y muy en especial lo referente a la naturaleza. Esta nueva manera caló en Europa por responder al momento cultural racionalista y empirista, propicio a la literatura científica. Bello leyó con entusiasmo a Delille y posteriormente tradujo el largo fragmento **La Luz**, reafirmando sus sentimientos de asombro ante la naturaleza. Pero en la citada traducción introdujo por su cuenta la vaguedad romántica y la riqueza de ritmo.

El poema **A la Vacuna** contiene los sentimiento que de la obra cultural española tenía Bello; nos demuestra que la ciencia y la poesía eran hermanas en su imaginación creadora. Este poema, inspirado en un sentido de admiración por la gesta española, no dejó de traerle dificultades con los patriotas después de la independencia.

Las **Silvas Americanas**, hacen pensar en un plan de poemas que no se llevó a realización; de él nos quedan **La Alocución a la Poesía** y **La Agricultura en la Zona Tórrida**, la segunda superior a la primera y como maduración de ella, ya que se repiten hasta versos íntegros de aquélla.

Estos dos poemas contienen lo esencial de la poesía de Bello, por su gracia, claridad, lógica y dignidad, por el equilibrio en la parte descriptiva, por la profundidad de los conceptos morales, por el sentimiento del campo desde el punto de vista contemplativo y como interpretación práctica.

En la **Oración por Todos**, traducción un tanto libre de Víctor Hugo, aparece el alma de Bello, plena de intimidad intelectual, de emoción de paisaje, de amor por los humildes, de comprensión de la vida sencilla y de aspiración por lo infinito.

Como gramático Bello representa la mayor contribución de América a la ciencia del lenguaje y su influencia en Colombia ha sido innegable. A este propósito, escribe Rafael Torres Quintero:

“Ser gramático como Bello no es imponerle leyes al idioma, es conocer las que lo rigen para que sea creación en nuestros labios; es dignificar la palabra y ponerla al servicio desinteresado del espíritu; no es obra de superficiales memoristas, sino de auténticos pensadores e investigadores; es, en una palabra, lo que supieron ser los humanistas

de Colombia; y la lección —todavía no completamente aprendida— que dejó aquel eximio mentor de juventudes para que la sigan asimilando los maestros de América y España. No cabe duda de que Bolívar que escuchó en la Caracas de su juventud la palabra viva del maestro; Fernández Madrid y García del Río que vivieron en Londres las horas amargas y fecundas del investigador y del amigo; Caro, Cuervo y Suárez que mantenían el oído alerta para captar las voces que venían del pensador de Chile, forman el núcleo de colombianos que mejor aprendieron la lección de Bello: lección de libertad, de derecho y de ciencia, dictada desde el triángulo geográfico que enmarcó su vida: Caracas, Londres, Santiago.

“La influencia de Don Andrés Bello en Colombia se ha hecho sensible, a mi parecer, en cuatro direcciones distintas pero convergentes, que llegan a producir un mismo resultado: 1^a) La de las reimpressiones de sus obras. 2^a) La de las notas y comentarios a las mismas. 3^a) La de los extractos y compendios. 4^a) La de los estudios críticos y biográficos. La huella que esta cuádruple expansión ha dejado en la vida cultural de la nación es profunda y persiste aún, sin que hayan sido parte a deslucirla otras corrientes paralelas o antagónicas, hasta el punto de que puede afirmarse que tanto por obra de la producción directa de Bello, reeditada entre nosotros, como por influjo de sus anotadores colombianos las doctrinas del caraqueño forman aún el soporte de nuestra cultura idiomática. Las nuevas y amplias corrientes científicas que, especialmente en el último decenio, han venido a revitalizar nuestros estudios de lenguaje, encuentran el caudal bellista lo suficientemente vasto y fuera como para que las encauce, sobre todo y naturalmente en punto a gramática, terreno en el cual seguramente ni Silvá, ni Martínez López, ni la misma Academia Española, logran competir con Bello”.